

Libros

ARAQUISTAIN Y LA IZQUIERDA SOCIALISTA

Araquistain no ha sido nunca para quienes, bien por estudio, bien por razones biográficas, conozcan el proceso de la política y de los políticos españoles que prevalecieron en la primera mitad del siglo XX, un político enigmático. Ni por su personalidad, ni por su comportamiento cabe aplicar esta categoría preferentemente psicológica. En Araquistain sobresalieron los elementos objetivos y su vida y su comportamiento político pueden apreciarse con claridad. El problema está en que el objeto que ilumina esta claridad es la confusión; quizá la palabra no sea adecuada porque en cada fase de su proceso político Araquistain no era más confuso que la mayoría de los intelectuales a él coetáneos. Habría que hablar de fraccionamiento en cuanto al conjunto de sus valoraciones políticas sobre unos temas permanentes.

Esta condición clara de ver y a la vez difícil de analizar exigía un estudio que colocase a Araquistain en el cuadro de la realidad social y política de su tiempo. Esta necesidad era tanto más importante en cuanto que es difícil entender el proceso intelectual del socialismo en España prescindiendo del que fue director de «Leviatán».

Marta Bizcarrondo había iniciado la empresa de meter en su marco el legado social y político de Araquistain en dos artículos muy conocidos y celebrados del año 1971 y 1973 que concurrían en el mismo intento con uno, justamente elogiado por Bizcarrondo, de Raúl Morodo del año 1971.

Ahora, con este libro de «La crisis socialista en la II República», Bizcarrondo ha contribuido, me parece que con el máximo acierto, a ampliar el marco a que antes aludí. El párrafo último del epílogo del libro testimonia con cuánta claridad se ha

Marta Bizcarrondo
**ARAQUISTAIN Y LA
CRISIS SOCIALISTA
EN LA II REPUBLICA
LEVIATAN (1934-1936)**



percatado de esa característica a que aludíamos de la personalidad de Araquistain: «La conclusión es clara —dice la autora—: en pocos escritores políticos se mantiene como en Araquistain la preocupación por unos mismos temas y el regreso a unos enfoques y, sin embargo, las formulaciones de un pensador han dependido con tanta intensidad de la base social y sus cambios coyunturales».

Las oscilaciones de Araquistain con relación a la política socialista son resultado de sus vacilaciones en cuanto a la ideología y la práctica de la ideología. Según progresa en sus preocupaciones sobre el marxismo, amplía sus lecturas y pretende ser un teórico de esta doctrina, va aumentando su tendencia revolucionaria a la que responde la parte más extensa del libro que comentamos, es decir, la que se refiere a «Leviatán», revista mensual de hechos e ideas», para transcribir su título con mayor precisión. Leyendo la síntesis glosada con notas aclaradoras y expresada en gráficos y sinopsis que suponen mucho trabajo, muchos conocimientos y notable capacidad didáctica, es patente que «Leviatán» recogió el sector socialista de izquierdas incluyendo en él sectores comunistas.

Es ésta una cuestión interesante que había planteado con vigor Isidoro Acevedo en uno de los ensayos que integran el conocido libro «Impresiones de un viaje a Rusia» editado en Oviedo en 1923. En una nota que se extiende desde la página 214 a la 215, decía Acevedo:

«Por si la palabra socialista originase confusión por creer alguien que sólo los que pertenecen al partido así denominado pueden llamárselo, conviene hacer constar que los comunistas nos llamamos también socialistas y colectivistas porque lo somos. Socialismo, comunismo y colectivismo son una misma cosa, dijo el socialista más científico que hemos tenido en España. La definición de Jaime Vera no hay por qué modificarla».

La izquierda socialista, si se entiende en este sentido, trabajaba en «Leviatán» por difundir el marxismo y llevarlo a la práctica. Al mismo tiempo, aprovechaba para criticar a la socialdemocracia que se personificaba en algunos de los miembros del partido socialista y sus seguidores, por ejemplo Besteiro, y a los intelectuales conservadores o reaccionarios que tenían influjo en la clase dirigente y cierto prestigio de liberales. Es el caso de Ortega y Gasset, cuya crítica como pensador le correspondió a Araquistain. Es notable la dificultad con que claramente tropieza Araquistain para romper los bastiones de las fórmulas de Ortega, y de aquí podríamos partir, si estas líneas pretendiesen ser algo más que una recensión, para aclarar cómo no fue Araquistain un revolucionario e intentar precisar que, como la mayor parte de los intelectuales españoles, quería la revolución repugnándole hacerla. No obstante, su posición izquierdista estaba muy clara y le valió ataques durísimos de las derechas radicalizadas. Un buen ejemplo es el del Dr. Albiñana. Tengo ante mí su libro «España bajo la dictadura republicana», y en este extenso libelo las acusaciones contra Araquistain no rozan sino que entran, como en tantos otros casos, en el terreno de la injuria. Comienza así el párrafo de Albiñana:

«Su vacante fue ocupada —se refiere a la de la embajada de Berlín— por un tal Luis Araquistain, redactor de un diario jabali». Lo que sigue no hay por qué transcribirlo.

Del análisis de Marta Bizcarrondo, tan objetivo y claro cuanto el más exigente analista puede pedir, se desprende que el talento crítico de Araquistain y su capacidad para articular en esquemas teóricos, persuasivos y eficaces, la complejidad de la realidad política, era excepcional, aunque a veces este talento se limitaba o anulaba por la introducción de elementos irracionales. La crítica a la sociedad burguesa y concretamente a la sociedad burguesa española es valiosa, pero a veces el propio proceso analítico le lleva demasiado lejos y pone en tela de juicio las propias instituciones democráticas. A veces se pregunta para qué sirve el Parlamento y entra incluso en la paradoja. Desde aquí también podía inducirse la ausencia de una textura realmente revolucionaria, tanto intelectual como psicológica, en el caso de Araquistain. Los elementos psicólogos intervienen con demasiado peso en la crítica y en las conclusiones e interrumpen a veces la objetividad del análisis.

«Leviatán», y concretamente Araquistain, consiguieron fomentar el conocimiento del marxismo y la crítica marxista. Crearon algo semejante al esbozo de un escuela, de lo que puede ser testimonio excepcional Ramos Oliveira que, a juicio de Bizcarrondo, es el colaborador que con más precisión ajusta sus ensayos al análisis político de Araquistain (pág. 233).

De muchas más cosas se podría hablar al socaire de las reflexiones que la lectura de este libro promueve. Un tema de gran interés sería el de las relaciones con Largo Caballero, el grupo largocaballerista y la polémica con Indalecio Prieto. Es cuestión de modo especialmente interesante, en cuanto plantea un problema permanente: el socialismo revolucionario contra el socialismo de compromiso. El tema se repite infatigablemente y parece que constituye un elemento de cierta permanencia en el proceso dialéctico del socialismo y cabe sospechar que, hasta que las condiciones objetivas no provoquen un salto cualitativo, la disensión ha de seguir. En tiempo de Araquistain tales condiciones no se daban y quizás esto explique que, en el exilio, Araquistain

se refugiase en la madriguera siempre cómoda de la revisión marxista de acuerdo con la socialdemocracia.

Espero que el lector haya apreciado a través de lo que he dicho la riqueza de hechos, el valor teórico y el insustituible puesto que en la investigación sobre el socialismo español corresponde al excelente libro de Marta Bizcarrondo. ■ **ENRIQUE TIERNO GALVAN.**

LA INFLUENCIA DEL POSITIVISMO

Y la sociedad española, esa dama frágil y asustadiza, se puso a gritar. El fantasma del positivismo, personaje cortés y bien recibido en Francia, acababa de mostrar su sombra. Una sombra amable, una sombra seductora. Pero la vieja dama no estaba para seducciones: no estaba para nada. Sin embargo, de esta presencia tenue —visita discreta— indudablemente algo quedó.

Diego Núñez, profesor adjunto de Historia de la Filosofía en la Universidad de Madrid, con la reciente publicación de su libro «**La mentalidad positiva en España: Desarrollo**

llo y crisis» (1), sale al paso de lo que él califica de «menguada atención analítica y bibliográfica» por parte de la historiografía contemporánea acerca de la presencia del fenómeno positivista en el pensamiento español decimonónico. Según Núñez, con relación al positivismo, se ha producido un auténtico efecto de «gadianización», ocultador de toda una corriente de pensamiento entre el anterior fenómeno del krausismo y el posterior de las Generaciones de 1898 y 1914, los cuales han tenido mejor suerte y han recibido una más amplia atención.

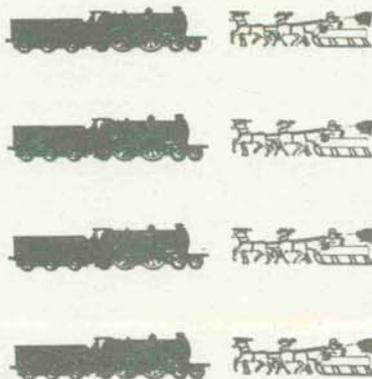
Sin embargo, ignorar la incidencia del pensamiento positivista en la vida cultural y política del último cuarto de siglo en España, hace difícilmente comprensibles determinadas posturas que van a adoptar los componentes de la Generación del 98 y toda la posterior evolución filosófica, científica, política y social de las primeras décadas de nuestro siglo.

En España los alientos positivistas contaban, decididamente orientados a consolidar unas estructuras sociales y a ejercer un papel organizativo y dinámico, en definitiva creador y no destructivo que se puede resumir en la frase «orden y progreso», soplaban a contrapelo. Sin las firmes bases de que gozaban en el vecino país: un nuevo Orden burgués poderoso y un ascendente desarrollo científico —centrado primordialmente en la nueva ciencia de la Naturaleza con su lógica proyección en la tecnología—, el positivismo, favorable brisa en Francia, se temía que fuese un huracán en España.

De ahí que a pesar de las muestras tranquilizadoras que se esforzaban en dar positivistas, como Estasén, en el Ateneo de Barcelona («El positivismo no es lo que generalmente algunos creen, la negación de los grandes principios del orden moral, sino por el contrario, una filosofía que si en algo puede tildarse es por lo que se refiere a su escrupulosidad y mesura; de espíritu antirrevolucionario y esencialmente conservador, en el buen sentido de la palabra»), en el Ateneo madrileño se discutiese acaloradamente y con recelo si «el actual movimiento de las ciencias na-

la mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis

ECO NUÑEZ RUIZ



TUCAR EDICIONES

(1) **Diego Núñez: «La mentalidad positiva en España: Desarrollo y crisis»**. Túcar Ediciones, Madrid, 1975. 278 págs.